

Juan Antonio Massone

La ola sumergida

Selección de poemas



Derechos reservados 2015

©Juan Antonio Massone

Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin autorización del autor:

Inscripción Registro Intelectual: 240.671

ISBN:978-956-353-800-7

Image: La gitana dormida, de Henri Rousseau (detalle)

Edición digital de www.escritores.cl

UN DECIR ASPIRADO
AQUÍ ES DONDE RESPIRO
Alfredo Matus Olivier

No puede escribir de otro modo. Hay mucho de espejo y de refracción. Te descubres a ti mismo. Ves lo que no sabías. Me acerco siempre con cuidado a la poesía. Y, con mayor precaución ('cuidado previo') todavía, a la de Juan Antonio Massone. Y no es porque te atrape, lo que ya sería un riesgo. Peor aún, porque es posible que te desaloje y...mal para el cántaro.

Siento una gran eficiencia lingüística, un desempeño superior, en este decir. No me refiero a "corrección idiomática", que sí la tiene en excelencia, sino a algo mucho más elevado. Detrás de los poemas definitivos de la humanidad hay siempre una latencia, un modo de instalarse sub specie aeternitatis. Es lo que nos late con esta escritura: una paciente impaciencia arrolladora por llegar, por fin, al "nombre conseguido de los nombres" de Juan Ramón. La "determinada determinación" de Santa Teresa y Gonzalo Rojas. Aquí, en esta zona, es donde todos respiramos juntos, "conspiramos". En el lugar del poema, en su topografía inmaterial, llegamos a esa delicada superficie del oxígeno limpio que nos permite eximirnos a muerte perpetua.

Aquí hay un puñado de poemas, treinta y nueve, extraídos de diez libros, publicados entre 1978 y 2012: Alguien hablará por mi silencio (1978), Las horas en el tiempo (1979), En voz alta (1983), Las siete palabras (1987), A raíz de estar despierto (1995), Poemas del amor joven (1989), Pedazos enteros (2000), En el centro de tu nombre (2004 y 2011), La pequeña eternidad (2004) y Juntémonos ahora (2012), ordenados desde los más recientes hasta los más tempranos. Hay algo mágico al fraguar una antología, tan nueva, tan inédita, tan "no dicha", como cada uno de los

poemas en el sugestivo trance de su emergencia. "La breve antología de mis perpetraciones" la llama Juan Antonio. Textos, desarraigados de sus contextos originarios, articulan un discurso neonato, lechal, fresco, verde, con personalidad propia y títulos asertivos. Funcionan como nombre propio, en el ejercicio bíblico de la nombradía del mundo, peripezia del denominar (onomázein).

La fortaleza lingüística de una Dedicatoria, "a quienes son nombres con alguien dentro" (I) *, hace referencia a uno de los núcleos más potentes de este acto lírico, el nombre: "mientras los labios repiten un nombre" (I), "un mediodía sin asociar tu nombre/ al momento que anticipa desencanto" (IV), "y de otros muchos/ nombres que no pudieron recordarse" (VI), " En el centro de tu nombre" (X), "Sin rostro queda tu nombre!" (X),"y en la perenne Voz que acoge a todo nombre" (XVII), "cuando tu deshojabas mi nombre" (XX), "Y el día empieza por decir/ alguno de esos nombres" (XXI, "lo esencial tiene nombre secreto" (XXVIII). Solidaridad inevitable. Nomen omen, decían los latinos. El nombre es profecía, presagio. El nombre es tiempo, es muerte, es Alguien, es espera, es eternidad. Es perspectiva en lógica del siempre para siempre: "He amado siempre para siempre/...Por siempre he amado para siempre," en Así ha sido (XXXIII).

Mi "aporte", como lo llaman, aquí resulta innecesario, repetitivo, tautológico, a veces, parafrástico. Más bien hincha que explica. Como esta vida nuestra que, sin sus contenidos, se desvanece en la materia insustancial del verbo. Trato de no tocar, sino de apenas rozar. Valga como testimonio de una lectura, con las precauciones del ovillo de Ariadna , que me permita regresar indemne a las afueras.

La poesía es concentración. No larga el chorro, sino lo contiene. Es radicalmente con- tenta, contenida. La máxima concentración del contenido es la palabra mínima, el signo. ¿Y cuál es la única palabra?... , problema borgeano. Un verso puede ser uni- verso. Aquí basta con esos títulos exactos

de las obras de Juan Antonio Massone en su plenitud semántica: Nos poblamos de muertos en el tiempo, Alguien hablará por mi silencio, A raíz de estar despierto, Pedazos enteros, En el centro de tu nombre. ¡Cuánta circulación significativa en estos nombres! Las lenguas son sistemas finitos de procedimientos para producir lo infinito.

Solo aludo a algunas solidaridades de este poemario que no son más que articulaciones de toda la obra poética del autor. Porque esta antología en su exigüidad reproduce el todo de un decir desplegado en el tiempo. En cada fragmento está la totalidad, como en la partícula consagrada. Son formas que aluden a un aliento, a un anhelo poderoso, a una gran "aspiración", a un deseo incontrollable que va hacia el futuro más que a la retrospectiva nostalgia, la Sehnsucht de los románticos alemanes, sin romanticismo. Nunca disgregación en esta concentración lírica, porque algo mágico acaece en la faena del antologar. Parece desgajamiento, desarraigo (corte arbitrario de raíces), pero al poeta también se lo reconoce por este poner juntas las flores desencajadas de su primero suelo. En la aparente yuxtaposición textual se desencadena una nueva circulación de sentidos que, al fin y al cabo, reproduce la que subyace a la obra toda.

Solo aludo a algunas solidaridades léxicas que se desencadenan en Dedicatorias (I), verdadera compuerta del flori- legio (ánthos – légo > antología). El tiempo de la condición humana con todos sus movimientos, alteraciones y vicisitudes, merece dedicatoria: "a este momento", "a las esperas que tanto desesperan", "a los instantes de inmoderados propósitos", "a los kilómetros de ruta que faltan", "y al fugaz recado en el reloj de arena", "al momento del espanto", "al renovado adiós", "por los siglos hasta que Tú lo digas".

Esta presencia de la temporalidad es ubicua y configura toda una red compacta de interacciones semióticas. El tiempo, connatural a la existencia humana, es finito ("el chasquido pegajoso de la nada" (XV), en Consideraciones

de un loco), pero solo adquiere sentido proyectado sobre lo infinito. En definitiva, todo es cuestión de sentido. Por eso, la vida, la muerte y la esperanza. Hay que recordar siempre a Quevedo: “y lo que llamáis morir es acabar de morir; y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo”. El hombre es tiempo y es muerte (“El efímero vivir es un antojo de muerte/” (XI), escribe Massone en Retrato del escritor Luis Alberto Heiremans), pero también aspiración y eternidad. Inmanencia y trascendencia, la fuerte aspiración del teresiano “muero porque no muero”, en palabras de nuestro poeta: “Ahora bien sé que en Ti me cumplo/ y me coincido en tus brazos/ por que muera/, la fatiga del horror de no poder morirse.”, en Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (XXX). Ya se sabe, el pronombre impersonal nítidamente personal, la proforma de el que es en definitiva. Un Alguien detrás, debajo, arriba y dentro de todo, un Alguien configurante: “El tercer verso quisiera untarse en el alba/ de ese tercer día cuando murió la muerte” (III). Y por eso, nombre y palabra y página : “Desde entonces me muero en esta página”, en Aprendía disparar pero me muero (XXXVI). Son su límite y su libertad. “No demores tu afán en esta identidad reclusa, ella sólo quiere preguntar y oír la voz” (II). No puede decirse más cabalmente; como la cantata bachiana “Despertad, nos llama la voz”. La siempre inestable página en blanco, de todas las escrituras, aquí se encarna en los miedos de Giza: “Padre, escribe Tú la página en un blanco sin muerte” (III). El hombre es tiempo, biografía, palabra y página en articulación siempre nueva y productora de polisemia, en Cavila el desacuerdo (XXIII): “A medio hacer quedó la biografía,/ a medio decir la voz, precisamente/, en mitad del silencio y tantas/ páginas tuertas al lado de lo bello,”.

Estos versos son ceñidos, cortados para una certera dicción interior. Núcleos pragmáticos que se pueden expandir, desplegar, abreviaturas de lo único que realmente vale en el tiempo finito/ infinito. Abreviatura exacta, noble, es ese poema intenso Lo que a ti, que no es más que un “lo que a todos”. Con ese título basta y con esos versos:

“como el tango ‘Volver’ que no regresa”, y especialmente, “Nos vamos, te vas, empiezas/ a alejarte en una pregunta tal vez” que me recuerda a Rosa Cruchaga en esos endecasílabos universales del soneto: “Sé que me voy. Me voy retrocediendo/ como el salmón que vuelve cuna arriba”. Massone remata en gerundio este poema limpio: “Tan vivo aquí/y /me /estoy /muriendo”. Lo que también resuena en *Nuestras vidas* (XXIV), dedicado a esta escritora, centrado en la metáfora del río: “y el río se va contigo sin apremio, / pero se va, se está yendo y lamiendo/ los altivos troncos de los álamos”.

La concentración se dilata o se concentra en torno de estos ejes. Por ejemplo, en *Pasos de cenizas en el mar* (VI), interactúan el nombre (“y de otros muchos/ nombres que no pudieron recordarse”), el tiempo (“las horas que vendrían – y vinieron/ las horas – largas, sofocantes, rebeldes,”), la muerte (“el epitafio del tiempo”, “Soy ahora invisible lápida de esos días/ que se fueron”), la trascendencia (“Eso lo sabe el mar, el viento lo sabe/ y los ojos que miran el mar en el viento”). También nombre, olvido y muerte, en ese soneto ya imprescindible, *El olvido en la memoria* (XXXVII): “Tu nombre olvidarán, también la gloria;/ apenas tendrá tu verso una memoria;/ contra la muerte estás, contra el olvido.” Con intertexto neotestamentario, *Otras bienaventuranzas* (VIII) constituyen un acto lírico conseguido en plenitud. Solo el primer dístico sigue la estructura causal del texto bíblico: “Bienaventurado quien aprende a reír y a entristecer, / porque en ambos gestos rinde pruebas de ser hombre.” Hay que reparar en ese uso no pronominal, de ambigüedad precisa, del verbo “entristecer” (que no “entristecerse”). Poema más para orar que para recitar, sitúa la temporalidad en el centro de la vividura: “Bienaventurados el antes, el después, este momento”; y recapitula, de modo magistral, en trance de eternidad: “Bienaventurados el nacer, el camino, los adioses, /brevedades capaces de anunciarnos el Reino.” ¡Qué brevedades esas! En clave fluvial de Heráclito se desenvuelve el escueto poema *Reflejo* (IX), en que el tiempo- duración es “un largo después, aunque ahora

es todavía" y se diluye en esa estrofa de maestro cincel:
"Entonces miras el río/y /ya /vas /lejos/."

Es obvio que en esta red semántica, la fugacidad y el tiempo detenido del no- tiempo, se enraízan en el tú inmediato, anuncio del Tú para siempre, con sus anulaciones de lo efímero. El polo articulante, quién lo duda, se llama amor, con distintos tipos de mayúsculas, la menor, la mediana, la definitiva. Se transparenta en algunos textos de En el centro de tu nombre (X): "Ahora ya no hay prisa" y "Sin rostro queda tu nombre". (X 8) Con juego metalingüístico se calibra la "palabra": "Cualquier palabra mía-/ te lo advierto-, alguna/ equivocada en la noche,/ nada tiene que ver contigo" (X 27) y, en el remate justo, indecible de otro modo: ""incluso te siente remota/ la palabra contigo". Y, a la pregunta siempre latente en los poetas ("qué es amor"), la cifra maestra: "Bastó vivirte/ para saber qué era amor". (X 37). Conecta latentemente este talante lírico con Juan Guzmán Cruchaga ("Casi abandono, casi compañía"), en consonancia con estas afinidades del alma: "Alguien aún no es adiós,/ pero tampoco compañía." (X 61). Ocurren asimismo destellos de paleta impresionista que reflejan la evanescencia de las cosas. Así en La blusa amarilla (XII): "la blusa en la mujer amarillea silencio" y en esa estrofa cromática del silencio intuido: "Otras cosas acuden al momento de un leve/ mantel lila: sediento jarro, pintones frutos, color blusa lo demás encima de la mesa." Considérense igualmente, bajo esta misma perspectiva, esos poemas Con mirada azul hortensia (VII), El poema (XIX): "Nada más que brisa anaranjada" y Sólo para ti (XXI) con sus "palabras color damasco". O el desayuno del abuelo "en su enorme taza anaranjada", de Cuento aparte (XXXII).

Esperanza, espera, aspiración (un decir aspirado), anhelo (la Seelige Sehnsucht goethiana), emerge a las superficies de la textura en Las esperas (XIV), con ese cabo ex imo cordis: "Se espera saber al fin: hemos llegado.", con ese "al fin" equivalente al "por fin" rotundo de Rosa Cruchaga: "Por fin, tosca Mercedes, te refinas." Afinidades. Y ya

casi palpando ese “no sé qué que quedan balbuciendo”, los macizos poemas de lo indecible: la oración Credo (XVII), que acoge a la Palabra en su dimensión salvífica del menesteroso “dolorido sentir”: “Creo en la Palabra Todopoderosa”, “creo en su Verbo, misterioso abrazo de sílabas”, “y en la perenne Voz que acoge a todo nombre. Amén.” y la doxología, de matemática exactitud, Tres es el número perfecto (XXXVIII), que no hay que tocar, y que debió haber cerrado la obra.

Y – cómo no - el poema de las “cuatro de la tarde”, del tiempo mensurado, del reloj y de la muerte, Tiempos de otro vivir (XVIII), con sus “horas de presagio”. Lenguaje, conciencia y palabra se sellan mutuamente y se cierran en círculo perfecto, en Recuerde el alma dormida (XXI): “Para darme cuenta, escribo” y “Escribo para darte cuenta” (juego virtuoso de los enclíticos me y te, con semánticas cruzadas). En Ventana (XXII), la latencia intertextual lorquiana (“para que se acostumbre con la muerte que lleva”), siempre en el mismo sistema de solidaridades temporales, en “mis ojos no quieren/ acostumbrarse a la muerte”. Sin perder jamás el límite incierto, consustancial a esta pequeña porción de vividura: “toco fondo de no sé, toco fondo”, en El suicida (XXVI). La lengua, finalmente, el decir, la palabra ubicua, el nombre, se transparentan en varios de los poemillas de Poemas del amor joven (XXVIII): “No me has dicho te quiero”, “Y dije adiós,/ cuando las verdaderas palabras/ eran: me quedaría contigo.”, “Lo mejor de ti perdura/, debajo del rostro y del vocablo:/, lo esencial tiene nombre secreto.”, “De nada pude escribir algunas cosas.” Y ese Alguien reiterado en varios sitios, verdadera proforma del Pantocrátor subyacente, “Alguien responderá más tarde,”, partícula sustitutiva del nombre de los nombres, innombrada en la tradición hebrea, presente en ese perfecto título de uno de los libros de Juan Antonio Massone, Alguien hablará por mi silencio (1978).

La lectura es “excavación de cavernas complicadas” según Bachelard. Juan Antonio Massone ha seguido el consejo de Rilke al joven poeta: “Adentrarse en sí mismo

y explorar las profundidades de donde mana su vida". Y es que sabe, también con Rilke, que "Una obra de arte es buena si ha nacido de una íntima necesidad". De un anhelo profundo, de una aspiración plasmada finalmente en un decir aspirado. Y aquí estoy yo tratando de egresar indemne de este laberinto. Esta "breve antología de mis perpretaciones" contiene metales nobles. Consérvelo para esos momentos de ansiosa nostalgia de lo por venir.

Juntémonos ahora (2012)

Dedicatorias

A este momento que tal vez me depare
una incomprensible plenitud;
a los libros en cuyas páginas existen
pálpitos de silencios y anchas voces;
a las calles de Ñuñoa tan conocedoras de mí
como yo de ellas al adivinarlas de reojo;
a las canciones que reaniman vestigios
de fervor convertido ahora en recuerdo;
a las palabras dispuestas a defender
y a reanimar sentidas dignidades;
a quienes son nombres con alguien dentro,
concedores de solitarias aflicciones;
al tono sugestivo de una voz parecida
a la luna feliz vista con alguien;
a los primeros brotes del aroma
y a la memoria de una mujer que despertara
en mí la anticipación del paraíso;
a las esperas que tanto desesperan
e igualmente a una amarilla loma en la sombra;
a quien en cuya vida somos razón de ser
y a los instantes de inmoderados propósitos;
al gozo de niños queridos y a los otros,
abandonados por la traición del ego;
a la nieve en los cerros, a los árboles,
baluartes en hacer queribles los caminos;
a los kilómetros de ruta que faltan
y al fugaz recado en el reloj de arena;
al momento del espanto, a la impotencia,
cuando brota sufrimiento en las corolas
y se acalla lo temible en una frágil sonrisa;
a la confianza de un paso vacilante;
al renovado adiós y al azul más verde del blanco;
a quien la desilusión dejara bizco el día
y a cuanto sabe aplacarse hasta la ceniza
para renacer albeado en el día de su muerte;

al incurable amor que, a trazos de pasión
y a vislumbres de esperanza, cunde
por los siglos hasta que Tú lo digas;
a la poesía por ser la única lengua
en que podría decirte quién eres en mí;
a la impostergable tarea de ser en estos ojos
para un día saber que hacia Ti la hacía.
A quien olvido sin querer en esta línea
mientras los labios repiten un nombre
y desliza la mañana un recado al despertar.

Oír la voz

A Benedicto González

¿Cuándo el primer albor de estas palabras?
De un detalle olvidable no crece compañía.
En caso de empeñarme esta pregunta,
no te des por aludido. Después de todo,
motivo de sentir no hallarás en este afán
de una modesta y distraída serenidad.

De tanto en tanto, uno desanda calles del sueño
y cree acercar amaneceres a un alma sencilla.

No demores tu afán en esta identidad reclusa;
ella sólo quiere preguntar y oír la voz.
Adelante. Lo mismo nos sucede. No excederán
los días el número de nuestras noches.

Escribe Tú la página

La página está en blanco, por ahora,
y ya no puedes desoír cómo se destripa la historia.

El tercer verso quisiera untarse en el alba
de ese tercer día cuando murió la muerte.

Pero las jornadas con sus noches sobre Gaza
dejan miradas fijas, manos sin regreso.

La página queda salpicada de alaridos, desde ahora,
y si calláremos, hasta las piedras gritarían.

Atolondran cuervos encima de clamores;
y el “no matarás” se queda exánime y amargo.

Podrá disponerse otra vez una página en blanco,
menos la mirada inerte y el regreso mudo de las manos.

¿Qué puedo decirte, Yahvé, que tú no sepas?
¿Quién confesará tu nombre, Alá de la misericordia?
Padre, escribe Tú la página en un blanco sin muerte.

En cuanto se despeje

Ahora es preciso no desanimarse.
Podrá una rebanada de luz pasar por alto
un mediodía sin asociar tu nombre
al momento que anticipa desencanto.
Te dejo el encargo de una rogativa.
Este tiempo no sabe adónde acudir ni cobijarse.

Empieza por conocer la noche del planeta
y no te importe demasiado el abandono.
En cuanto se despeje hablará el cielo,
donde no queden niños esparcidos
mirando un mundo que no quiere verlos.

Quién sabe si los árboles nos soportan con ternura,
pero están allí, y les habla la mitad soñada
de quien soy; la otra debe conformarse a tu mirar
que a mí no se dirige, aun cuando
arrecia la historia con noticias siniestras.

Lo que a ti

Nos vamos, te vas, empiezas
a alejarte en una pregunta tal vez,
bajo la sospecha de un porque sí
en las sienes que están plateadas
como el tango "Volver" que no regresa.

No digo que conmigo deba hacerse
una excepción. Me pasa lo que a ti.
Tan vivo aquí
y
me
estoy
muriendo.

Pasos de cenizas en el mar

En cuanto supe que para tus cenizas
deseabas todo un océano sin orillas
donde batir entre ola y ola la pena
de tantos recuerdos y de otros muchos
nombres que no pudieron recordarse,
dispuse me tatuaran en el pecho
las horas que vendrían—y vinieron
las horas—largas, sofocantes, rebeldes,
mejor dispuestas al fin, con trémulas
memorias y el amparo presentido.
Hube de empezar una despedida
de las que más se temen y, al fin,
más se imploran. Mientras, te sumías
en decaído vigor y en desgranadas
horas de mirar el epitafio del tiempo.

¿Cómo mejor recordarte sino en alguna
bordadura de sonrisa más justa
que toda adversidad?

Soy ahora invisible lápida de esos días
que se fueron y un árbol en las afueras
de un cielo de reencuentros. Pero
no soy el mar para saber diluirte
en la inquietud verdosa que mece
la esperanza en su salmuera.

Hace falta un corazón en paz
con señas que dejan ir los caminos,
de otro modo no sabría dedicar una palabra
al misterio en donde vela tu alma restañada,
como aroma de limón entre los días.

De lo que quedaba de ti en este mundo
se ha cumplido tal como lo quisiste.

Eso lo sabe el mar, el viento lo sabe
y los ojos que miran el mar en el viento.

En esta hora de lo vivo, de la vida,
quiere el pecho tener olas para decir
su murmullo solo en tu oído navegante.

Con mirada azul hortensia

A Stefanie Butendieck

A esas hortensias intensamente azules
bajo la ventana, no necesito suponerles
la saciedad inútil de los pensamientos.
Soy yo el que abriga reflexiones
sin estar bajo una ventana ni ser azul
como las hortensias que miro esta mañana.
Los pasos que das, aquellos que el camino
sostiene encuentran un fin en la mirada.
Nada en la tierra parecido a los escrúpulos
ni jamás ensaya arrepentirse una flor en un espejo.
El damasco sabe inolvidable como memoria
de amor en un rostro que no cambia.
Tampoco piensa el viento que abraza
a las hortensias ni el color de luz abierta.
Quedamos en que algo piensa en mí;
ellas déjanse mirar, y no sé si estén contentas.

Otras bienaventuranzas

Bienaventurado quien aprende a reír y a entristecer,
porque en ambos gestos rinde pruebas de ser hombre.

Bienaventuradas la lluvia de la pena, la paciencia
cuando enseñan cómo abisman los momentos.

Bienaventurado quien despierta a medianoche
y no se deja confundir con memorias ni fantasmas.

Bienaventurados el antes, el después, este momento,
como admirable es también lo que disuelve el olvido.

Bienaventurado el instante que nos recluye solitarios,
para luego respirar la anchura de los días.

Bienaventuradas las lentas manos bondadosas
en el pedrusco, en el cristal y el mármol solo.

Bienaventurada sea la entrevista hermosa
que regala fugazmente una endeble plenitud.

Bienaventurados la sombra, la clave, el rabo del viento;
a su modo tornan familiar la creación entera.

Bienaventurado soy cuando más te echo de menos;
con solo pensarte acude tu amparo de caricia.

Bienaventuradas la sonrisa, la soledad de una escalera
por donde vamos y venimos de la historia más nuestra.

Bienaventurada la mirada con que me regalas
el alborozo de estar contigo en labio de alma.

Bienaventurados los amigos, el vino, la ventisca,
si hacen posible el deseo de mirar hacia adelante.

Bienaventurados el nacer, el camino, los adioses;
brevidades capaces de anunciarnos el Reino.

Reflejo

Te sientas, al fin, sobre las piedras
para viajar hasta el fondo de tu enigma.
Rumor de mundo y, además, tú. El paladar
retiene esa creciente cercanía del adiós.
Tampoco estás seguro de alcanzar
un largo después, aunque ahora es todavía.

Entonces miras el río
y
ya
vas
lejos.

En el centro de tu nombre (2004 y 2011)

Poema 8

Contigo fui arquitecto de la luna
Menos importan fechas y tu labio
De escarcha entra en coma.
Me fui yo también. Tardé en decirlo.
No era cosa de hablar a nadie si brotaba
La solitaria flor del jacarandá desnudo.
Ahora ya no hay prisa. Lo mismo da
Que tú me escuches o brinde el roquedal
Con una acacia. Es lo mismo siendo
Diferente. Sin rostro queda tu nombre
En las arrugas de un papel marchito.
Lo que decimos tener está hecho
De algo que no puede ser nuestro.

Poema 27

Cualquier palabra mía—
te lo advierto--, alguna
equivocada en la noche,
nada tiene que ver contigo.
Puedes estar segura de esto
que voy diciendo al olvido.
Incluso te siente remota
la palabra contigo.

Poema 37

Descubrí que te amaba
cuando no necesité
de razón alguna para hacerlo.
Bastó vivirte
para saber qué era el amor.

Después llovieron
los motivos.

Poema 61

Recuerdan las campanadas
oscuros dichos de ausencia.
Alguien aún no es adiós,
pero tampoco compañía.

La pequeña eternidad (2004)

Retrato del escritor Luis Alberto Heiremans

(Claudio Bravo)

Te vas. Los pasos alejan vísperas.
Un rebato de noche y de azulada penumbra
te unce al misterio mientras ciñes la túnica.
De seguro es la muerte llamando, consumiendo
por dentro, las horas que empiezan a mirar de revés.
Treinta y seis años deslizas, ¿a qué Puerta de salida?
Negras baldosas blancas y declinan los días;
se amortaja tu paso; a Los demás olvidas.
El frío azul exuda noche de enigma obediente;
grave y hermoso presagio trasluce la elegía.

El efímero vivir es antojo de muerte,
confirmando sino de polvo para Seres de un día.
Nunca sabrá la mirada si regresan o viajan
los recogidos pasos de esa secreta túnica,
en el azulado frío de la noche en espera.

La blusa amarilla

(Augusto Eguiluz)

Sentada, pensativa en una pieza,
la blusa en la mujer amarillea silencio.
¿Quién anima su pensar y dona aurora
en lo visto, en lo soñado, en lo muerto?

Otras cosas acuden al momento de un leve
mantel lila: sediento jarro, pintones frutos,
color blusa lo demás encima de la mesa.

Mucho más recatados, los habituales enseres
podrían ser testigos, memoria de esta escena,
pero quedan fuera las cosas y amarilla la blusa,
gimiendo vacía la hora y lo que trae el recuerdo.

La carta

(Pedro Lira)

Alguien ha enviado sus deseos y esperas
en esa carta que tus dedos oprimen.
Mendigas de los ojos, ¿qué promesas
o memorias de amor? ¿Cuáles palabras?

A tu mano vino el amor a dar desnuda alarma
para luego quedarse a solas en tu mirada casi feliz,
casi completamente feliz, sin aprender a olvidarse.

Roto el silencio, la indiscreción exige girar el rostro.
Una mano está a la puerta; inminentes los pasos.
Se cierne la amenaza: pálido temor de gozo mutilado.

Vamos, vamos ya, acuda alguna ocurrencia.
Cuán distinta la verdad con su piel dentro del cuerpo.
Apresura algún decir; no harán falta promesas.
Alguien no querido está ahí y tu carta solloza.

Una infancia

a Jaime Araya

Yo fui un niño que tuvo patio
con un perro que se perdió una vez
y hasta el día de esta tarde no regresa.

Yo era niño que olía tierra húmeda
y fue mío despedirme de momentos
como si el día acostumbrara a morir.

Yo fui niño en un patio y ventolera
con más ladridos debajo de la tierra.
La nieve parece ahora menos blanca.

Yo era un niño que pactó con lagartijas
y queltehues invocando nuevas lluvias,
en espera de pan con mantequilla.

Yo fui un niño y, de en medio del patio,
una acacia con nidos fue arrancada.
Los años aún no dicen para qué.

Yo era un niño con un perro
al que asustó la muerte muy temprano
y el palpito quedó mío sin deseos.

Yo quedé niño de patio sin acacia
ni perro, sin estar seguro de nada más.
En los otros quedaba la alegría.

Las esperas

Para Arnaldo Guerrero y Silvia

Se espera alcanzar labio y palabra
Se espera sea pronto nueva aurora
Se espera en horas de perfil delgado
Se espera oler promesas de la lluvia.

Se espera que una voz diga te quiero
Se espera arrancar olvido al tiempo
Se espera nuevo cielo de zorzales
Se espera besar el nombre de la noche.

Se espera al pie del mármol y la pena
Se espera en aquel día un sin embargo
Se espera que el temor calle su boca
Se espera saber al fin: hemos llegado.

Consideraciones de un loco

Quizás no vencerá mi palabra
el chasquido pegajoso de la nada
en este lento horror que me confina.

Diciendo de esto a la calle de nadie,
unos pocos amigos complementan
la codiciosa obra de mi espectro.

Aún así seguiré velando aquí
y cuidando del semáforo.
Ya pueden cruzar la calle.

Así pasan los años

A uno se le van los años, se le van
sin dar con el secreto que tienen las ventanas.

Debajo de la piel, el rostro
es una costumbre casi perpetua
que las palabras ignoran
mucho antes de poner un pie en el día.

Nos atrae el sueño, los hábitos,
como un abrazo que una vez diéramos
antes de enloquecer los tiempos
y no cupiesen más palabras en el alma.

A uno se le van los años, se le van
como un desacuerdo que se lleva en la mirada.

Credo

Creo en la Palabra Todopoderosa
que deposita semillas de cielo en el polvo,
suspira de júbilo o silenciosa se tiende
en la entraña invisible de los vientos;
creo en su Verbo, misterioso abrazo de sílabas,
concebido por obra y gracia del silencio
y grávida deja las almas tornasoles
sin que le amedrenten desiertos o cenizas
ni el artero vacío del absurdo en tumulto.

Creo en la Palabra que padece la espina
del aire y en cuyo expolio se ensañan
el ruido mercantil y la zozobra del tiempo;
creo en los ojos inocentes, en los dedos
de luces y de brisas, la mirada crucial
y la mano que no rehúyenrónl.com abandono.

Creo en el Espíritu, animador de lo inerte
cuando más inesperado: desata nieve en estío
y despunta su albor cuando la duda hiere.
Creo en la santidad peregrina de los labios,
en el feliz reencuentro de todas las ausencias,
en el postrer perdón a la mezquina arrogancia,
en el vigor lustral de agónicos escombros
y en la perenne Voz que acoge a todo nombre.
Amén.

Tiempos del otro vivir

*“Pero ¿existe algo humano sin imperfección?
Y después de todo, bueno, vamos adelante”*

K. Kavafis

¿Qué hora de presagio o de recuerdo
anuncia lejano y enhiesto el reloj
de la iglesia parroquial de Casablanca?
Probablemente sean las cuatro de la tarde
y regrese mi abuelo para otra vez despedirse
o no dejar de hacerlo tal como lo hizo,
con el tranco de su bastón acallándose.

Pudiera ser que nadie hubiese muerto
y las cuatro del reloj fuesen sólo tarde
de presentir a un cuerpo entero dando señas
al musitar un dejo de gratitud y lento recado.

Pudiese ser que nadie hubiera muerto
y como siempre la mampara ofreciera su cariño,
mientras se vienen síntomas de no olvidar,
de estar a pocos metros de la alta voz parroquial,
y tantos comensales volvieran a esa orilla,
a las cuatro de estas señas, a sus vísperas,
por las huellas que no besó la muerte.

El poema (II)

a Miguel Reyes y Raquel Parada

Inicialmente esperé decirlo
al modo de brisa anaranjada,
sin disculpas en qué distraer
lo indispensable. Pero este oficio
consiste en darse cuenta
y respirar sintiendo una mitad
de sol entre los dedos
o una cantidad hechizada de niñez
para vivir lo necesario del momento.

Conoce mejor la tarde
el ánimo de mis ojos.
Viento soy en que se alejan
las horas y tantas cosas
que decirle a la vida.
De eso habrás
de morir, me advierte:
de una tarde que te sienta
inoportuno.

Por mucho menos
que unas escasas gotas cayendo
sobre una piedra distraída,
espesa el alma y un aroma
se abre paso en la sombra.
Cosas que decir a la vida.
Sólo alusiones de lluvia
o una mancha de tarde.
Nada más que brisa anaranjada.

Sólo para ti

Sólo para ti se escribieron estas palabras.
Las sintieron días enteros de acariciar
facciones que la memoria aviva cuando
está complacida la tristeza. Con piel
desengañada y zozobra fueron dichas,
incluso el raído viento de los sueños
abrió de par en par las noches
para hacértelas propicias.

Como siempre que de anhelos se trata,
estas palabras color damasco
sobre un fondo de cielo distraído,
las recibirá el vivir de quienes
no pensó la fervorosa soledad.

De todos modos, quiero recordarte
esa esperanza de un día no lejano,
cuando tú deshojabas mi nombre
y era innecesario despedirse.
Ahora tú eres el único afán
de estas palabras, el único destino;
mientras que yo, el prendado de la noche.

A raíz de estar despierto (1995)

Recuerde el alma dormida

Para darme cuenta, escribo.
Allá y aquí desperezan sombras
los árboles; se ponen las ilusiones
un sombrero; en el morir coincide
el rostro con el sueño que nos
esquivara la vida y una multitud
de palomas vuela ofreciendo
su reseña de los días.

Me importan muchas cosas
a pesar de las demandas
del olvido. Sucede que siempre
estoy aparte, mirando o diciéndome
a solas ese temblor de compañías
que el tiempo acrecienta
y por más señas llamamos
nuestros muertos. Ninguno falta
en el sueño que perduró más sepia.
Y el día empieza por decir
alguno de esos nombres
que estamparon un temblor
como nadie. Se empeña en rubricar
la muerte esa respiración
del tiempo escaso.

Escribo para darte cuenta.

Ventana

Escucho a un pájaro asustarse
y al viento en los árboles del patio.
Esto significa ventura o desdicha
de una boca en otra boca. El rostro,
naturalmente, no es mi verdadero rostro.

Cuanto sucede va tan raudo
que en la lengua no cabe. Como no soy
árbol ni viento, debo siempre escribir
como empezándome un mundo. Esto
significa que mis ojos no quieren
acostumbrarse a la muerte.

Cavila el desacuerdo

a Miguel Castillo Didier

Era pequeño yo, ingenuo como
limón partido sobre la mesa,
apostando a que los fragmentos
se cansaran de estar lejos.

Errante y vago en mi mente,
caprichoso como cualquier día
que rompe con la dicha
y consternado acepta su derrota,
ningún otro fui desde entonces.

A medio hacer quedó la biografía,
a medio decir la voz, precisamente
en mitad del silencio y tantas
páginas tuertas al lado de lo bello,
como un poema que aprendí a sonreír
mitad con Dios, mitad con lo perdido.

Más fuerte me asía de un lápiz
si soplaba atronador el viento. Sólo
que jamás supe acordar la palabra
quizás con los augurios del alba.

Después, bueno, se hizo cargo la niebla,
su conducta viscosa de abrir y de cerrar
vientos en contra. Fue así como
días enteros velaron las esperas
por que los años aplacaran su tristeza.

Pero ahora mismo hay tantas cosas, tantas
que ninguna lengua sabe adormecer
y los fragmentos están sobre la mesa.

Nuestras vidas

a Rosa Cruchaga de Walker

Oyendo a los álamos del río,
sin nada que decir a nadie,
los ojos quietos y el corazón
pacífico, sin obligación, alegran.
Vana la lengua si olvida cuanto hay
debajo de las piedras y del sol. Vano
también el insaciable camino de ir
o de venir de todas las metas
cuando los álamos son cipreses
y el río se va contigo sin apremio,
pero se va, se está yendo y lamiendo
los altivos troncos de los álamos,
esos mismos que ponen cara de cipreses
y crecen más que nunca por debajo.

Viendo crecer el día

Un álamo pequeño
a nadie da que hablar,
apenas sobresale entre la hierba
pero algún día será más alta sombra.

De pie, esperando
aquel día y creciendo,
aunque escaso de hojas aún
mostrar sabe al invisible viento
y no se inquieta por más
que de seguir alzando el cuerpo.

Sólo espera y crece ahora
en su apenas de hojas
batidas por el aire verde.
A nadie da que hablar,
pero erguido y silencioso,
confía la promesa de sus hojas
al invisible viento que lo mece.

El suicida

Por más que quiera hoy
celebrar el universo
o en la memoria sellar
amados rostros de la espera;
por más que hoy quiera
un cielo amanecer
y el Juicio Final me fuere
venturoso o casi tierno;
por más que ahora me acerquen
un parentesco de estrellas,
pruebo el barro más gris
de estar siempre remoto;
por más que ahora recuerde
a los otros que fui, al universo,
en nada me quiero hoy, en nada;
toco fondo de no sé, toco fondo.

Puertas

Hacia dentro la noche mira y enloquece.
Insiste el día en más calles que amor.
Hace tiempo se fueron mis ojos a la noche.
Tan inútiles como pacientes, las esperas
fervorosas espieron en las esquinas
debido a que entonces quise decirte adiós
para luego dedicarte esto que sigue.
Como si fuera yo una voz y tú escucharas,
marchan por ti todas las horas y cruzas
aquellas puertas que enloquecen a la noche.

Poemas del amor joven (1989)

*

Es sábado en mí,
pero toda la semana
eres tú.

*

No me has dicho te quiero
y deberé dormir
enamorado de muerte.

*

Por ti, hasta la pena
conoce rostro de amor.
Sin ti, incluso estar vivo
me sobra como a un muerto.

*

Soy la mitad del mundo;
la otra, está claro,
deberías ser tú.

*

Hube de despedirme,
queriendo como nunca
lo contrario. Y dije adiós,
cuando las verdaderas palabras
eran: me quedaría contigo.

*

Todavía quiero aquellas veces
cuando dije: te quiero.

*

Lo mejor de ti perdura
debajo del rostro y del vocablo:
lo esencial tiene nombre secreto.

*

Yo estuve contigo aquella tarde,
pero esa tarde se quedó conmigo,
esa tarde me llevó consigo,
esa tarde se me fue contigo,
esa tarde se perdió conmigo.

*

De tu nada pude escribir algunas cosas.
De cuanto sentí ya no me acuerdo.
Te ofrezco humildemente esas dos nada.

*

Alguna vez tú fuiste única.
Remoto ayer.
A lo mejor tú vives.

*

Uno no pide escoger o amar,
simplemente se encuentra de pronto
como quien amanece y echa a andar
sin exigir cómo ni hasta cuándo.
Alguien responderá más tarde.

Las Siete Palabras (1987)

Tengo sed

*“Después de esto, sabiendo Jesús
Que todo estaba ya consumado, para
Se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed”.
(Evangelio de San Juan 19,28)*

En mi boca todo desierto se precipita.
Tengo sed de Ti, Padre, mientras lo arduo
escolta la sagrada voluntad de ser perfecto.

Los hijos de los hombres han pervertido
las dunas, el beso, cualquier tierra, el agua
y no restará un Nilo ni el Mar Rojo
bajo los pies de esta generación inhóspita.

Tengo sed de Ti y me ofrecen vinagre.

Yazgo exprimido y los desiertos precipitan
en la impiedad del tiempo que se atreve
a denigrar la Eternidad y la Vida.

Tengo sed de Ti y la esponja es agria.
He bebido el cáliz hasta ya no poder
otra vigilia en el manojo de la espera,
mientras el estertor se viene a traspasar la tarde.

Tengo sed. Me abandonan sangre y tiempo
para dejarme solo, sólo con la sed de Ti.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

“Era ya la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona: obscurecióse el sol y el velo del templo se rasgó por medio. Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos entrego mi espíritu; y diciendo esto expiró”.
(Evangelio de San Lucas 23, 45)

Ahora es el futuro que se muere.
El temblor de la víspera en el Huerto
tuvo espada, pavores y abandonos
para verme agonizar en el madero.

Ahora el mundo parece incommovible
y las manos dejan caer su veredicto.

Debo vivirlo todo: la desdicha encariña
a mi paciencia y el rigor del despojo
me ilumina.

Insuficiente repertorio,
la tierra busca callar por olvidar la sangre.
Ahora bien sé que en Ti me cumplo
y me coincido en tus brazos por que muera
la fatiga del horror de no poder morirse.

Ahora, Padre, en tus manos mi espíritu
encomiendo al saber que este destino
se allega hasta su hora, y nada más
sabe importarle al ojo de la bestia
o del turista, y nada menos que estar aquí
en un abrazo incumplido de las noches.

(Lo demás que descansa en el paréntesis).

En voz alta (1983)

Silencio para la vida

A orillas de toda indiferencia
me yergo concretamente inoportuno.
Todo se permite el inmenso gesto
de ser verdad por un instante.
Coger de no sé dónde
la humilde precisión para los labios,
pero todo silencio laborioso
es siempre inferior al de los muertos
o al de los vivos cuando tienen pena.

¡Cuántas cosas se tornan invisibles
mediante una presencia,
esa terrible maravilla de estar
completamente vivo y olvidándose!
Este verso desaloja al mundo.
Aquí el silencio, la justeza
de darlo todo en una voz tan blanca,
tan negra en disputarle a la vida
su tranquila aceptación de tanta muerte.
Calla.
El corazón presiente que está vivo.

Cuento aparte

a Juan Osorio

Cuando todo parecíame sin muerte
y despertaba en Casablanca,
mi abuelo desayunaba
en su enorme taza anaranjada;
el tuyo—me imagino—
cuando eras pequeño,
lo haría en alguna que dijese:
“recuerdos”, “para ti”, “felicidades”,
porque —cuento aparte—
casi siempre la dicha es un recuerdo
por quien bebiera en taza de colores
esa tierna felicidad hoy desteñida.

Así ha sido

He amado siempre para siempre,
la luna no ha querido luz menguante
y un idioma inacabable he presentido.
Por siempre he amado para siempre,
tan sólo que he sido interrumpido
demasiadas veces por la pena.

Insomnio

El escrúpulo del universo
sabe ignorar los relojes
de la pena, la pasión desesperante
mientras el insomnio gotea.
Lamentablemente estoy despierto
y no puedo olvidarme del planeta.

Estar solo

No tengo a nadie
en todo el mundo
a quien hablar de ti,
sino a ti.
No tengo a nadie.

Aprendí a disparar pero me muero

*Un joven, hecho soldado,
confidencia sus últimos momentos.*

Cuando los vi aparecer
Amé los temores de la infancia
Con aterrada complacencia.

Cuando los vi aparecer
Se me sofocaron los recuerdos
Y el alma no fue capaz del cuerpo.

Cuando los vi aparecer
Recordé cada fiel presentimiento
Y se me untó de vértigo la calma.

Cuando los vi aparecer
De nada me valieron las arengas
Ni el diploma de manos del ministro.

Cuando los vi aparecer
El ayer se mostró tan mentiroso
Que el amor ya no tuvo confidente

Cuando los vi aparecer
Dispararon de la noche a la mañana.
Desde entonces me muero en esta página.

Las horas en el tiempo (1979)

El olvido en la memoria

La ronca voz de espacio que has dejado
repite que no estás, pena es lo cierto,
sólo señas de adiós como en un puerto
repica a nunca y solo por lo amado.

Haber vivido siendo el ignorado
de quien se le ofreciera pecho abierto;
surcar, sembrar, cuidar el huerto
que al fin sólo florece desdeñado.

La juventud, el amor, lo que perdure
será el eco final en que madure
ese sol de persona que has perdido.

Tu nombre olvidarán, también la gloria;
apenas tendrá tu verso una memoria;
contra la muerta estás, contra el olvido.

Tres es el número perfecto

Tres son las Personas Primordiales,
los años ocultos del Mesías fueron treinta,
tres los Reyes Magos y la Sacra Familia,
las tentaciones tres y los regalos,
múltiplo de tres los doce apóstoles,
tres en el Tabor y tres en el Calvario,
fueron también tres los años públicos,
tres veces los dejó velando en los olivos
y por otras tres los halló dormidos,
las negaciones tres y las horas de la Cruz.
Tres veces Cristo dijo: "Tú, ¿me amas?",
las consultas de los jefes fueron tres,
Pilato vaciló también tres veces,
treinta monedas fue la tasa para el Hijo
y el velo del templo se rasgó a las tres.
Al tercer día resucitó de entre los muertos.
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Alguien hablará por mi silencio (1978)

Te creíste permanente
A veces en un instante se esclarece
de golpe súbito lo que hemos hecho
y advertimos entre absortos y deshechos
que otra cosa muy distinta aparece.

Lo que cogiste del amor no fue el amor
sino el relumbrón mortal de una caricia
cuando vino anunciando su delicia
que luego mudó en triste desamor.

Para siempre quisiste una persona
sin saber o adivinar que te engañabas
creyéndote permanente en lo que dabas
hasta que un día te dejaron sin persona.

La ilusión te fue tan necesaria
como el agua que vino de tus ojos
cuando roto el cristal de aquel antojo
huyó el sol y quedaste innecesario.